



XV

UN SALÓN DE GUADALAJARA

Trasladémonos ahora, de noche, á una casa aristocrática de Guadalajara, situada en la calle más lujosa y más céntrica de aquella ciudad, la calle de San Francisco. Allá, como en México, la iglesia del seráfico fraile presidía al barrio más encopetado y rico de la población.

En esta calle viven las familias opulentas, las que reinan por su lujo y por su gusto.

Atravesaremos la gran puerta de una casa vasta y elegante, en cuyo patio, enlosado con grandes y bruñidas piedras, se ostentan en enormes cajas de madera pintada y en grandes jarrones de porcelana, gallardos bananos, frescos y coposos naranjos, y limoneros verdes y

cargados de frutos, á pesar de la estación; porque en Guadalajara, inútil es decir que no se conoce el invierno, y que no se tiene idea de una de estas noches que pasamos en México en Diciembre y Enero, tiritando, y en las cuales, por más hermosas que sean, *la luna, pálida de ira, humedece el aire y va derramando reumatismos por dondequiera*, como dice Shakespeare.

No : en Guadalajara, en los meses del invierno, las plantas y los árboles no pierden su ropaje de verdura, ni las flores palidecen, ni las heladas brisas vienen á depositar sus lágrimas de nieve en los cristales de las ventanas.

Se siente menos calor, eso es todo, y los árboles se renuevan, según las leyes de la vegetación; pero la hoja seca cae impulsada por el renuevo que inmediatamente asoma su botón de esmeralda en el húmedo tronco.

Así, pues, los naranjos, los limoneros y las magnolias del patio, que estaba perfectamente iluminado, se ostentan con toda la frescura y lozanía de la primavera.

Una fuente graciosa de mármol, decorada con una estatua, se levanta en medio, y alzándose apenas dos pies del suelo, salpica con sus húmedas lluvias una espesa guirnalda de violetas y de verbenas que se extiende en derredor de la blanca piedra, perfumando el ambiente.

Aquello no es un jardín; pero es lo bastante para dar al patio un aspecto risueño, alegre y elegante.

Se sube al piso superior por una escalera ancha, con una balaustrada moderna, y cuyos remates y pasamanos de bronce son de un gusto irreprochable.

Cuatro corredores anchos, y también cubiertos con tersas losas de un color ligeramente rojo, se presentan á la vista al acabar de subir la escalera, y forman un cuadro perfecto en el piso principal. El techo de estos corredores, cuyo cielo raso está pintado con mucho arte, se halla sostenido por columnas de piedra, ligeras, aéreas y elegantes, que aparecen adornadas con hermosas enredaderas. Y en los barandales de hierro y al pie de ellos se encuentran dos hileras de macetas de porcelana, llenas de plantas exquisitas, camelias bellísimas, rosales, mosquetas, heliotropos, malva-rosas, tulipanes y otras flores tan gratas á la vista como al olfato. Y jaulas con *centzonllis*, con jilgueros, con clarines, con canarios, entre las cortinas, que forman la flor de la cera y la ipómea azul, y hermosos tibores del Japón conteniendo alguna planta más exquisita todavía, y peceras de cristal y surtidores de alabastro, y pequeñas estatuas de bronce representando personajes mitológicos, y grandes

grupos en bajo relieve en las paredes, todo esto aparece á la luz del gas encerrado en fuentes de cristal en aquella casa, revelando tanto la opulencia como el gusto.

Los corredores son jardines en miniatura. Uno de aquellos corredores conduce al salón, al que se entra después de atravesar una amplia y magnífica antesala amueblada lujosamente.

El salón es una pieza en que se respira desde luego ese perfume que no da el dinero sino el buen gusto, es decir, el talento.

¿Conocen vdes., en México, salones de familias opulentas? Pero no esos en que una fortuna insolente ha procurado aglomerar sin discernimiento, sin gracia, muebles sobre muebles, cuadros sobre cuadros, lámparas, columnas, consolas, jarrones, clavos dorados, tapetes, mesitas chinas, muñecos ridículos, etc., formando todo aquello el aspecto de un *bazar de muebles*, el caos á que sólo da orden la inteligencia, y en cuyo centro se encuentra uno tan mal, tan á disgusto, tan deseoso de maldecir, como en la trastienda de una casa de abarrotes, como en la bodega de un judío usurero, esperando, en fin, por momentos, ver aparecer á *Mr. Jourdain, el Bourgeois gentilhomme* de Molière haciéndose el personaje de *qualité* y preguntándole á uno qué le parecen sus muebles.

No : yo hablo de los salones elegantes por su buen gusto.

Pues bien; como el más elegante de esos, es el que vemos en Guadalajara. De seguro pertenece, dice uno al verle, á una familia muy rica, pero que tiene talento. A ese salón, que es el de la familia de Clemencia R\*\*\* se dirigieron los dos jóvenes oficiales, la noche siguiente al día en que habían estado en casa de Isabel.

— Me parece que vamos á pasar una tarde y una noche deliciosas, dijo Flores á su amigo. Aquí hay aristocracia, chico; aquí no es la modestia graciosa de la casa de Isabel, sino la opulencia del dinero, juntamente con el buen tono. Ya lo ve vd., éste es el palacio de su reina. Forme vd. idea de su carácter por todo esto.

— Casi me arrepiento de venir, respondió Valle; yo no estoy acostumbrado á estas reuniones ni á este lujo.

— ¿Vd?..... Pero hombre, ¡vd., nacido en una casa tan opulenta como ésta!

— ¿Y qué importa? ¿Acaso la conozco? ¿acaso me he criado en ella? Entonces, vd. no sabe que desde mi infancia soy hijo de la miseria? Yo creo que me ruborizaría aun delante de mi madre si la viera en su salón de México.

Enrique y Valle penetraron en el salón, en donde su llegada causó un silencio de algunos segundos. Se les esperaba, y hallábase reunida allí una sociedad selecta y distinguida. Había una docena de bellísimas jóvenes, otros tantos caballeros, y la familia toda de Clemencia esperaba á los oficiales con cierta ansiedad. Por supuesto Mariana é Isabel eran de la compañía.

La encantadora morena presentó los dos amigos á su papá, anciano respetable y vigoroso todavía, un personaje notable, no sólo por su fortuna y talento, sino todavía más por la cualidad rara de ser un buen patricio y de odiar por consiguiente la dominación francesa, que pronto iba á extenderse hasta aquellas regiones.

La madre de Clemencia era una matrona, bella todavía como Mariana, y amable hasta el extremo. Clemencia era la hija única de aquella familia afortunada.

Después los oficiales fueron presentados á todas las bellas señoritas de la reunión, y que pertenecían á las más distinguidas familias de Guadalajara.

Enrique fué acogido con las marcadas pruebas de simpatía que su gallarda presencia y la finura de sus modales le procuraban siempre; pero Fernando fué recibido como es

recibido el ayudante después de su general, como es recibido el pobre después del rico, ó como era recibido antiguamente el paje después del príncipe, con urbanidad, pero friamente. Al verle las hermosas que aun sonreían siguiendo con la mirada al apuesto comandante, se ponían serias y apenas se dignaban otorgarle una inclinación de cabeza protectora. Isabel misma le saludó con cierta frialdad, acabando de dirigir á Enrique algunas palabras de tierna confianza.

El joven se habría desmoralizado, si Clemencia con su franqueza característica no se hubiera dirigido á él, y poniendo una mano entre las del pobre oficial, no le hubiese dicho :

— Esperaba á vd. con impaciencia, Fernando; desde las dos de la tarde los minutos me parecían siglos; en cambio, de hoy en adelante las horas me van á parecer segundos; vamos á platicar mucho, ¿no es verdad? Dejaremos á los artistas lucir sus habilidades en el piano, y nosotros hablaremos de los asuntos del corazón. Vamos á ser amigos, no lo dude vd.

La conversación se animó luego, Enrique llegó á ser el centro de ella, y las bellas estaban pendientes de sus labios, como le sucedía siempre.

Pero el piano, un soberbio piano de Pleyel aguardaba, y después de un rato de amena conversación en que Enrique supo ganarse la confianza, la simpatía de sus oyentes hermosas y de sus oyentes graves, á instancia de Clemencia fué á tocar.

Para él era indiferente cualquiera música, la ejecutaba por difícil que fuese; pero él preguntó á sus amigas Clemencia é Isabel, y ambas le señalaron una magnífica pieza alemana sobre temas de *Sonámbula*.

Enrique alcanzó un triunfo completo.

Era artista en toda la extensión de la palabra, y el piano obedecía á sus dedos como un ser inteligente.

Aquí, aun se recuerda á este hermoso joven, como á uno de los mejores ejecutistas mexicanos, y en París obtuvo no pocos triunfos en los salones. Pudo haber llegado á ser un gran artista; pero demasiado rico para contentarse con estos laureles que sólo halagan la ambición del pobre, pronto abandonó el arte para dedicarse á los placeres del amor y á los trabajos de la política.

Todo el mundo convino, sin embargo, esa noche, en que era apenas superior á Isabel; y el mismo Flores volvió á confesarse inferior á la blonda hija de Guadalajara, quien, decía él, le aventajaba en expresión, en sentimiento, y

sobre todo en edad; pues era seguro que cuando llegara á la que él tenía, Isabel no tendría rival.

Fué ella, acompañada de Enrique, á mostrar los prodigios de su habilidad, después ocuparon aquel asiento otras señoritas, de nuevo Flores arrebató con su asombrosa ejecución, varias amigas de Clemencia cantaron en seguida, mientras que ésta, enseñando sus *álbumes* á Fernando para tener pretexto de hablar con él, procuraba en vano arrancarle los secretos de su vida. Valle se encerraba en una reserva que no era posible romper; pero desfallecía al sentir aquella mirada magnética que tanta influencia tenía en su ánimo, y sentía palpar su corazón á cada palabra que le dirigía con su acento de sirena aquella mujer encantadora.

Clemencia empleaba todo género de seducciones para fascinar y vencer aquella naturaleza demasiado débil para luchar con ella. Fernando se sentía subyugado.

Clemencia conocía á fondo el arte de mirar y de sonreír, sus ojos sabían languidecer como fatigados por la pasión, y mirando así, trastornaban el alma del pobre joven; su boca, sobre todo, tenía ese no sé qué irresistible que sólo las coquetas de buen tono saben usar, la sonrisa de Eva, infantil y cariñosa, el temblor

de labios, como si la emoción los agitara, y luego, aquellos labios rojos y sensuales, aquellos dientes de una blancura deslumbrante, aquellos suspiros que parecían arrancados á un pecho próximo á estallar, aquel acento turbado y á veces cortado y brusco....., todo aquello era nuevo, era sorprendente para Fernando, que no conocía á la mujer sino de lejos, y que no estaba en guardia contra las armas mortales de una sirena del gran mundo.

— Se conoce que vd. ha sufrido mucho, Fernando, decía Clemencia al oficial, inclinándose para enseñarle los versos de un álbum junto á una mesa apartada del centro de la reunión; yo también he sufrido, y se lo digo á vd. para darle una lección de franqueza.

— ¿ Vd. sufrir, señorita?..... Vd. tan bella, tan rica, tan joven.....

— ¡ La belleza!... el dinero!... la juventud! ¿ Cree vd. que todo eso dé la felicidad? ¿ y el corazón ?

— ¿ Ha tenido vd. desengaños, han sido ingratos con vd. ?

— Ah! no!....., yo no he amado nunca, me han cortejado mucho; pero han sido tan frívolos, tan necios todos mis adoradores.... que viviendo en medio de ellos, he vivido en el desierto..... Se me acusa de coqueta, aquí en Guadalajara, donde la maledicencia es el pan cotidiano;

pero no encontrará vd. á nadie que pueda asegurar que ha obtenido de mi ninguna prueba de afecto... mi corazón ha permanecido siendo de nieve.

— ¡ Qué feliz es vd. señorita !

— Fernando, no me diga vd. *señorita*, dígame vd. Clemencia : ¿ qué, en México tardan tanto los amigos en llamar á uno por su nombre ? Esto de *señorita* me parece que está bueno para tratar á una compañera de viaje..... ¿ me volverá vd. á decir *señorita* ?

— ¡ Oh, no!..... es demasiada dicha la de tener el permiso de dar á vd. su hermoso nombre, para que yo no me apresure á disfrutarla.

— No; dicha no es precisamente; pero me será grato oirme llamar así por vd..... hay tantos estúpidos que me tratan con familiaridad, que me parece una compensación, que vd. use de un privilegio que yo le otorgo con gusto; y es la primera vez que yo le otorgo..... si señor, los demás se lo han tomado ellos mismos.

— ¡ Clemencia, me enloquece vd !

— ¿ Por qué ? dijo la joven, levantando dulcemente sus ojos negros y ardientes, hasta fijarlos en los de Fernando, que temblaba de emoción..... ¿ Le hago á vd. mal ?

Fernando iba á responder tal vez una

necedad, cuando el padre de Clemencia invitó á todos á tomar el té, que se hallaba servido en una pieza inmediata.

— Se sienta vd. junto á mí, Fernando, si es vd. tan amable.

— Tan feliz, puede vd. decir, Clemencia.

Y Valle ofreció á la hermosa sultana su brazo, en que ella se apoyó con dejadez y confianza.



## XVI

## FRENTE Á FRENTE

Casual ó intencionalmente, Clemencia tomó asiento frente á Isabel que estaba acompañada de Enrique.

Isabel se hallaba en el colmo de la felicidad. Algo había pasado entre la bella rubia y el galante oficial, alguna palabra había acabado por fin de romper los diques de la reserva, pues que los dos jóvenes parecían entenderse ya perfectamente, y reinaba entre ellos la más dulce confianza.

Para Clemencia esto era claro como la luz, y á la primer ojeada conoció que su amiga había ya obtenido el triunfo sobre ella.

Para Fernando tampoco hubo duda; pero preocupado como estaba con las palabras de

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Clemencia, y sintiendo en su corazón arder una nueva llama, más poderosa todavía que la que se había extinguido, apenas prestó atención á lo que pasaba á su frente.

— Enrique tenía razón, decía para sí; era fácil olvidar; heme aquí enamorado ya de Clemencia. Yo siento que el poder de esta nueva pasión es más fuerte, y que comienza subyugando todo mi ser: no es el amor dulce que me inspiraba mi prima, sino un amor irresistible, grande, que me anonada, que me encadena!...

Y como Clemencia procuraba acabar de encender la hoguera con sus miradas, con sus sonrisas y con esas mil coqueterías que una mujer hermosa puede poner en juego en semejante ocasión, Fernando estaba perdido. Una vez que éste la sirvió vino, ella se apresuró á detenerle para que no llenase su copa, y puso su mano sobre la del oficial, apretándola ligeramente.

— No tanto, Valle, no tanto, le dijo: hoy perdería yo la cabeza fácilmente.

— ¿Se siente vd. mal?

— Al contrario... pero la dicha pone la cabeza débil.

— Y vd. opina como Clemencia, Isabel? preguntó Flores.

— Ah, sí! enteramente.

— ¿Y siente vd. también la cabeza débil?

— Muy débil.

Enrique pagó esta respuesta con la más ardiente de sus miradas; pero Fernando palideció de una manera espantosa. Acababa de observar que Clemencia había dirigido á su amiga una mirada de celos, rápida como el pensamiento y terrible como el rayo.

Pero apenas tuvo el tiempo de fijarse en esto porque Clemencia se volvió hacia él y le preguntó sonriendo cariñosamente.

— ¿Ha visto vd. al entrar mis flores, Fernando?

— Sí, Clemencia, de paso; y he notado que son exquisitas.

— Tengo camelias admirables, mis violetas son preciosas: pero sobre todo, tengo algunas flores raras que quiero mucho. Frente á la puerta de una de mis piezas hay una planta en un tabor del Japón, que yo cuido con esmero y que florece de tarde en tarde. Hoy en la mañana se ha abierto una flor hermosísima, roja y perfumada, que no tiene igual, y que deseo que vd. vea.

— Con mucho gusto.

Y que yo ofreceré á vd., para que la conserve en recuerdo mío... y para que no olvide vd. la noche en que nos ha honrado visitándonos por primera vez.



— Señorita, respondió Fernando con cierta sequedad, es una prueba de distinción que no merezco y que me haría muy dichoso; pero flor tan querida de vd. debe quedar en la planta, cuyo cultivo tantos afanes le cuesta, ó debe ser ofrecida á la persona que vd. ame, y que tal vez no la ha comprendido é ignora cuánta ternura, cuánta pasión abriga el corazón de vd... Yo me contentaré con algunas violetas, estas flores nacen y viven en un lugar que está en analogía con el que ocupó regularmente en el afecto de las personas que me conocen: y créame vd.; ya será bastante dicha para mí.

— Pero qué es eso, Fernando? replicó la hermosa joven con un acento de dulce reconvencción; ¿qué quieren decir todas esas palabras que parecen dictadas por un sentimiento injusto? ¿Que debo ofrecer esa flor á la persona que no me ha comprendido y que ignora cuánta pasión abriga por ella? ¿Quién es esa persona, dígame vd.? Si hubiere alguien á quien yo amara, y se mostrara desdeñoso ó no me comprendiera; y vea vd. que yo olvido las preocupaciones vulgares y soy franca, por eso me acusan; si hubiera alguien así, repito, le aborrecería á los pocos instantes de haber pensado en él. ¿Que ocupa vd. un lugar semejante al en que viven las violetas, es decir, un

rincón humilde, en el afecto de los que le conocen? Esto le habrá pasado á vd. en otra parte; pero en esta casa es preciso que sea vd. ingrato para que lo crea así. Mire vd., Fernando, si no aceptase vd. esa flor que le he ofrecido, delante de vd. arrancaré la planta, porque me sería inútil y me recordaría una amarga repulsa.

Clemencia dijo todo esto en voz baja, pero con tal vehemencia, con tal pasión, con voz tan turbada y tan dolorosamente tierna, que Fernando volvió á creer que era amado, y no se acordó ya de la mirada celosa que la joven había dirigido á Isabel.

Ésta y Enrique, que se hallaban tan próximos, escucharon todo.

Clemencia se hallaba agitada de una manera febril, y ponía un cuidado exquisito en no ver á los que estaban á su frente.

Trajeron el *champagne*; pero Clemencia, pretextando que no quería tomar ese vino y que prefería respirar aire fresco y enseñar á Fernando, que era muy instruido en botánica, sus flores, le suplicó que la acompañase.

Fernando lo hizo y se dejó conducir como un niño.